

TOMAR EL TÉ EN EMBASSY

CUANDO cae la tarde y el azul velazqueño comienza a tomar calidades de acero penetradas sutilmente por unas irisaciones de bermellón en Madrid, aún se puede realizar un acto de suprema elegancia: tomar el té en Embassy. El salón de té Embassy está situado en una esquina de la Castellana y allí se reúne a la primera hora del crepúsculo una parroquia que es como una galería de fantasmas de Visconti, una clientela terminal llena de encanto sofisticado, damas con pedrigree, suaves muchachas que han asumido una refinada decadencia de boutique exclusiva, caballeros plateados y elegantes, viejecitas que parecen pastelillos de nata, empolvadas dentro de una vitrina. Unos camareros de complacientes maneras, atildados con smoking color crema sirven las infusiones humeantes con una muy civilizada gentileza, pasean las llameantes bandejas de pasteles bajo las miradas táctiles con ligera gula finamente reprimida de esa pequeña y fenisecular comunidad y se establece en el aire del recinto con penumbra de pámela una ternura de nostalgia, una melancolía proustiana, llena de encajes literarios. Fuera, el crepúsculo ya ensangrentado da solidez a las altas volutas de monóxido de carbono que despiden el Madrid terrorífico, del nueve largo.

El otro día fui a tomar el té a Embassy para relajarme, para ofrecerme a mí mismo una sesión didáctica de dulzura. Todo encajaba. La inocente pastelería cruzaba el saloncito, allí estaban los tiernos personajes viscontianos con sus sombreros de frutas de satén, el apacible ambiente sonrosado de vitral emplomado. Pero en un momento algo terrible rompió el encanto rudamente. En la mesa vecina dos inocentes viejecitas, llenas de encajes de Holanda, tomaban pasteles y hablaban del enemigo. Hendían con finura el cuchillito de plata en el hojaldre y comentaban con saña refinada que en este país hacía falta degollar a más de cuatro. Y como si el hojaldre fuese el enemigo le incrustaban el cuchillo ferozmente. Ellas, por su parte, ya tenían la solución... ¿Cómo es posible, pensaba yo, que unos pasteles tan dulces, un té tan aromado, sean capaces de revolver tan sanguinariamente la tripita arrugada de estas viejecitas? Cuando la violencia exquisita penetra en los salones de té e invade las cabecitas plateadas con pómulos de colorete de nuestras dulces ancianitas es cuestión de preparar el equipaje para huir. Al salir de Embassy las calles de Madrid me parecieron un vallé sereno, húmedo y verde. ■

VICENT

- O SEA QUE TENGO
QUE REZAR SIETE
PADRES NUESTROS
DOS AVEMARIAS Y
UN CREDO.

- NO HIJO. DOS CREDOS
SIETE AVEMARIAS
Y UN PADRE NUESTRO.

- ¿ POR QUE NO ME
LO APUNTA EN UN
PAPEL, PADRE ?

- ¡ VAYA
POR DIOS !



EN VISTA DE QUE LOS
TEATROS TIENEN QUE
TERMINAR TEMPRANO,
DE AHORA EN ADELANTE
VOY A ESCRIBIR COMEDIAS
QUE TERMINEN AL FINAL
DEL PRIMER ACTO.

